

EL PERDÓN Y LA RECONCILIACIÓN

Camilo González Posso¹

Por el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación pasan todos los días personas que han perdido a sus hijos, hermanos, padres o amigos en un acto de violencia armada de esos que se cuentan por decenas de miles y millones en la historia reciente de Colombia. Es un desfile interminable para hablar una y otra vez de lo que ha sucedido, de lo que falta para entender el porqué de tanto horror y de tantas preguntas sin respuesta.

Por estos días nos han sorprendido muchos que terminan sus palabras invocando a la paz y ofreciendo *Perdón* como aporte desde lo más profundo de su ser, con la convicción de que ese gesto es un aporte para que no se repitan los hechos trágicos que cambiaron sus vidas.

Una tarde estuvo Yury Moncayo acompañada de su hermano Pablo Emilio y de su padre Gustavo Moncayo Rincón. Llegó a hacer la presentación de su libro *Abran la puerta que quiero ser libre*. Es una crónica minuciosa de todos los caminos recorridos durante doce años, tres meses y nueve días, según cuentas que repiten, golpeando puertas hacia la libertad del hijo que permanecía en la selva encadenado. El final es el regreso de Pablo Emilio, “el cuerpo se reencontró con el alma” dice Yury y termina sus palabras diciendo: “Yo los perdono”. “Tenemos que aprender a perdonar para que sea posible vivir en paz”.

Las mismas palabras las han repetido las madres que van todas las semanas a coser sus recuerdos y a plasmar en grandes telas la historia de su hijo detenido por agentes del Ejército en una calle de Soacha para luego aparecer asesinado en un lejano paraje como subversivo muerto en combate. “Perdono pero no olvido” dicen una y otra vez quienes han recibido los cuerpos para darles cristiana sepultura.

¹ Coordinador del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación del Distrito Capital y Presidente del Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz, INDEPAZ

Los perdoné, dejé el odio y encontré paz. Dijo Nelson Acosta en el sencillo evento de conmemoración del atentado en el Club el Nogal cuando fueron asesinadas 38 personas y heridas 166. “Duré por lo menos tres meses en mi convalecencia soñando con amarrar a los guerrilleros en la Plaza de Bolívar y ponerles la misma carga de dinamita”, pero decidí perdonar, contó este socio del Club el Nogal que fue gravemente herido por la explosión. Y estas palabras fueron solo el preámbulo de otras que le salieron del alma con sinceridad transparente: “No es posible mantener el odio por siempre, pues esto se vuelve un círculo vicioso que nos va a impedir reconstruir el país, y sé que es difícil el perdón pero no hay otra salida”.

Es larga la lista de los que han pronunciado la palabra Perdón ante el Memorial por la Vida que se eleva en el Centro de Memoria pero quiero mencionar especialmente al sacerdote anglicano Michael Lapsle que ha sido promotor ejemplar de la reconciliación en Sud África y otros países. El 4 de octubre de 2012, en un foro sobre perdón y reconciliación respondió a la pregunta sobre sus posibles palabras ante un encuentro con quien le envió la carta - bomba que lo dejó sin manos, sin un ojo y sin oído. La bomba que le habían enviado en un paquete por correo le explotó unos pocos días antes de la excarcelación de su amigo Nelson Mandela y lo dejó al borde de la muerte. Se recuperó y ha dedicado la vida a las causas por la no discriminación, a la reconciliación y su Instituto de Sanación de la Memoria. “Si llegará a la puerta de mi casa el que me dejó sin manos y me dijera “vengo a pedirle que me perdone”, comentó el padre Lapsle y se figuró el siguiente diálogo:

- ¿Me pide perdón y es sincero?
- Lo soy Padre!
- ¿Usted que ha hecho en estos años?
- He trabajado en un hospital
- ¿Ha trabajado honradamente y con dedicación a la gente?
- Si Padre, así lo he hecho.
- ¿Y piensa dedicar el resto de sus días a cuidar niños y ancianos en ese hospital o en otro sitio similar?
- Si, eso quiero hacer.
- Entonces te perdono.

Todas estas anécdotas muestran la importancia del perdón y la complejidad de su papel cuando se buscan caminos de reconciliación y de paz en una sociedad que quiere decirle adiós a setenta años de violencias, odios y uso de las armas para buscar riqueza o poder.

¿Que proceso de perdón invocamos para pregonarlo como la formula adecuada para la reconciliación?

Durante siglos ha dado vueltas la pregunta y ha tenido respuestas distintas según credos, conveniencias políticas o desde profundas reflexiones filosóficas. Dejando de lado la acepción jurídica del perdón como indulto o amnistía, lo que queda cuando de perdonar se trata es una decisión personal voluntaria que se comunica al otro ante la sociedad.

No deja de sorprender la determinación de muchas victimas de anunciar el perdón a quien o quienes han perpetrado las acciones más atroces imaginables, quienes no tienen ni nombre ni rostro conocido y tampoco han acudido arrepentidos a implorar ese perdón. Ese acto de infinita generosidad puede tener un efecto sanador para quienes han sido agredidos en la medida en que los libera de odios y los aleja de la tentación de la violencia. Pero esa falta del otro le pone limites al alcance social de lo perdonado y lleva a pensar en el sentido cristiano de esta ética.

Como recuerda Hannan Arendt en su obra *La condición Humana*, el perdón predicado por Jesús de Nazaret no es incondicional: Si peca contra ti y se vuelve a ti diciendo “he cambiado de opinión” ... lo exonerarás. Si siete veces al día peca contra ti y siete veces se vuelve hacia ti diciéndote “Me arrepiento”, le perdonaras². (Lucas 17.3). El dialogo del padre Michael Lapsle que mencione atrás parece inspirarse en este pasaje de los evangelios. Y aunque no hay una explicación religiosa en la experiencia Sudafricana de perdón y amnistía, si está presente la relación entre lo que otorgan las victimas y la solicitud y arrepentimiento sincero de quien le ha ofendido. Fueron numerosos los casos en

² Arendt Hannah, *La Condición Humana*, Editorial Paidos, Buenos Aires 2005, página259

los cuales la víctima y el tribunal consideraron que el ofensor en realidad presentaba justificaciones heroicas o explicaciones cínicas de sus actos y en consecuencia le negaron la amnistía.

Otro filósofo, Paul Ricoeur, se encarga de recordar los dilemas de la relación entre ofensa, confesión y perdón que fueron enunciados en una encuesta de 1939: “¿Se puede perdonar al que no confiesa la falta? ¿Es necesario que el que enuncia el perdón haya sido el ofendido?”³. El primer dilema lleva a otra cuestión al autor de la obra clásica *La memoria, la historia, el olvido*: “un hombre público en función, el jefe actual de una comunidad religiosa ¿qué delegación pueden invocar para pedir que perdonen las víctimas a las que por lo demás no agredieron personalmente y las cuales no sufrieron en persona el supuesto daño?” Estas preguntas remiten a las terapias colectivas en las cuales un promotor de reconciliación, reúne gentes diversas entre víctimas y no víctimas y les pide que perdonen a unos victimarios que nadie conocen o que no le han delegado la tarea de buscarles gente para que los perdone.

Y en el razonamiento de Ricoeur, inspirado en la experiencia de la Comisión de verdad y reconciliación de África del Sur, también lleva a la pregunta sobre el alcance o significado social del sujeto o los sujetos que perdonan: “el círculo de víctimas se agranda sin cesar, habida cuenta de las relaciones de filiación, la existencia de vínculos comunitarios, la proximidad cultural”⁴. Se pasa así de la relación entre individuos a una relación social compleja que alcanza la construcción colectiva de formas de solidaridad cultural o de solidaridad política. ¿Es posible que se pase del perdón como decisión personal al perdón de comunidades o de pueblos?

Aún sin entrar a todas las preguntas sobre la calidad de la confesión o del arrepentimiento del ofensor que es el otro lado necesario de la relación perdón – compromiso, se llega a las dificultades de dejar la paz y la reconciliación al subjetivo curso de las íntimas determinaciones de pedir o de otorgar la *gracia*. El perdón unilateral de las víctimas tiene implicaciones personales en los procesos de duelo y en la determinación de renunciar a la

³ Ricoeur Paul, *La Memoria, la historia, el olvido*, Fondo Económico de Cultura, Buenos Aires, 2010, página 610

⁴ Ricoeur P (2010)

venganza o a la justicia por mano propia, pero no puede decirse que es sinónimo de paz ni la vía para la reconciliación en un país que ha padecido décadas de atrocidad y ha dejado más de siete millones de víctimas directas ya registradas y no menos de catorce millones de víctimas que quedaron olvidadas en familias y comunidades violentadas.

En el diccionario de la Real Academia Española, reconciliar quiere decir restablecer la concordia, “volver a las amistades, o atraer y acordar los ánimos desunidos”. Pero la reconciliación como proceso colectivo y de la sociedad ha merecido definiciones diversas y mucha controversia en países que han vivido guerras, dictaduras y conflictos armados. Colombia no es una excepción en esos desencuentros a la hora de definir la reconciliación que no encuentra siquiera una acepción unívoca en los diccionarios. En su sentido político la reconciliación ha sido entendida como la construcción de condiciones, sociales, culturales e institucionales, para que se pase de situaciones de violencia armada en las luchas de poder o por riqueza a situaciones de trámite pacífico de los conflictos. Desde esta perspectiva la reconciliación es parte esencial de la construcción de paz y se concreta en compromisos e instituciones creadas desde un amplio consenso democrático. Esto significa que no basta la voluntad o el deseo de no violencia para que se vuelva realidad la reconciliación: se requiere objetivarla como resultado de transformaciones que permitan la convivencia de diversos y de antagonistas.

Camilogonzalezposso@gmail.com Bogotá D.C. Febrero de 2014.